

## LOS MONJES EN LA IGLESIA LOCAL Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

### INTRODUCCIÓN

El Papa Juan Pablo II en la apertura de la XIX Asamblea General del CELAM, en Haití, en marzo de 1983, al hablar del V Centenario de la Evangelización de América Latina, pidió un renovado compromiso (...) no de re-evangelización, sino de evangelización nueva. Nueva en su entusiasmo, en sus métodos y en su expresión.

Posteriormente, Juan Pablo II retomó varias veces, en diferentes circunstancias, la misma temática tanto en América Latina como en otros continentes.

### 1. LAS AMBIGÜEDADES DEL TÉRMINO NUEVA EVANGELIZACIÓN

Siento la necesidad de decir en esta introducción cuáles son las ambigüedades que pueden afectar al término nueva evangelización, ya que se convirtió en un eslogan, muchas veces repetido sin pensar en su contenido y responsabilidad.

La expresión nueva evangelización no siempre es entendida de la misma manera por todos. Mientras para unos la necesidad de una nueva evangelización significa que la antigua tuvo fallas, para otros significa que hubo en los últimos decenios un desvío de la verdadera evangelización. Para los primeros, las fallas de la antigua evangelización, verificadas por un cristianismo que habría bendecido actitudes antievangélicas y que hasta hoy manifiesta ser periférico, exigen una reestructuración de todo el proceso evangelizador. Para

los segundos, los desvíos de los últimos decenios deben ser sustituidos y se debe retomar el proceso anterior. Desde el momento en que estas posiciones son asumidas, afectan al problema de la inserción del monasterio en la Iglesia local.

Tradicionalmente la vida monástica se insertaba llevando su vida eclesial práctica pastoral, y manteniendo sus obras de manera muy propia, con poca vinculación con la Iglesia local. Normalmente su vinculación era con la administración central de la Iglesia en Roma. Ahora, después del Vaticano II y de su doctrina sobre las iglesias particulares (diócesis) y sobre la colegialidad episcopal, la vida religiosa en general, incluida la vida monástica, comenzó a repensar la manera de insertarse en la Iglesia de acuerdo con su carisma específico.

Es decir que esta nueva realidad de la inserción del monasterio en la Iglesia local surgió después del Vaticano II, y ello constituye aún hoy una novedad para nuestros monjes. Es algo nuevo —tiene menos de veinticinco años—.

Para llegar a una comprensión más adecuada de lo que nos parece debe entenderse como nueva evangelización, vida monástica y su inserción en la Iglesia particular, partiremos de la búsqueda de lo nuevo, una característica evangélica que marca profundamente lo humano. Es propio de lo humano buscar siempre algo nuevo.

No obstante, también parece propio de lo humano manifestar temor ante lo que es nuevo. Partir para algo nuevo significa dejar de lado ciertas seguridades y comodidades. En cualquier revisión precisamos coraje para, a través de un análisis objetivo, reconocer eventuales fallas, rever ciertos procedimientos e incluso objetivos, y esto cuesta, ¡no es fácil!

Por último, es preciso buscar una especie de síntesis que evite los extremos de la exaltación o del desprecio, tanto del presente como del pasado. Sólo así se podrá hablar del tema que todos sienten como una necesidad: que el Evangelio penetre más profundamente no sólo en las personas, sino también en las estructuras de la sociedad. La referencia al pasado sólo interesa en cuanto abre caminos para una actuación que dé frutos en el presente y en el futuro. En ese sentido pretendemos encaminar nuestra reflexión y solamente dentro de esa síntesis generadora el monasterio encontrará su lugar en la Iglesia particular. *Alegrándonos con los que se alegran y sufriendo con los que sufren (Rm 12, 15).*

## **2. LA FASCINACIÓN DE LO NUEVO ESCONDE EXPERIENCIAS PROFUNDAS**

Entre las características más profundas de lo humano se encuentra ciertamente la búsqueda de lo que es nuevo. No existe cultura ni pueblo que no experimente la búsqueda de lo nuevo como una necesidad relacionada con su propia supervivencia. Una experiencia multiseular y diversificada históricamente nos asegura que lo que no se renueva, muere.

### *2. 1. Una experiencia antropológica*

Ningún pueblo, ninguna cultura conseguirá dejar marcas profundas en la historia si, al mismo tiempo, no es contagiado por la búsqueda de lo nuevo.

Fue por el impulso de la búsqueda de un nuevo mundo como españoles y portugueses, fastreando otros pueblos, se lanzaron al mar desconocido. La fascinación de lo nuevo dio a los conquistadores el *élan* para enfrentar todo tipo de dificultades, y es el mismo *élan* lo que impulsa las investigaciones científicas y tecnológicas.

La misma experiencia, verificada a nivel social, caracteriza la vida de las personas. Todas las formas de vida, pero particularmente la humana, se caracterizan por nuevas fases. Si es verdad que la vida se caracteriza por un pasado inalienable es también verdad que sólo se hace presente por un futuro que abre nuevos horizontes.

Por consiguiente deberíamos decir que la búsqueda de lo nuevo no es un accidente sino algo constitutivo del propio ser humano, observado en todos los niveles.

### *2. 2. Una experiencia teológica*

La búsqueda de lo nuevo no es, con todo, sólo una experiencia antropológica. Es también una experiencia teológica. En el origen de toda renovación humana, la fe entrevé a aquel que "renueva todas las cosas". El Dios de la revelación es el Dios que se esconde detrás de la esperanza de "un nuevo cielo y una nueva tierra". Se podría incluso desentrañar un rico filón bíblico-teológico en torno a la palabra "nuevo". Basta con recordar algunas expresiones: nuevo

éxodo, nueva alianza, nueva creación, nueva creatura, nuevo testamento, nuevo corazón, mandamiento nuevo. Es el mismo Dios quien, por decirlo así, empuja a su pueblo hacia adelante. De alguna forma emerge aquí la teología del camino. Dios quiere a su pueblo en camino y no parado. En la Biblia la vida es un camino que precisa ser transitado. Por eso, hasta cierto punto, lo "antiguo" apunta hacia el pecado, a un volver atrás; mientras lo "nuevo" apunta hacia la gracia, a un paso adelante.

Especialmente en Jesucristo, la fuerza innovadora de Dios deja el plano de las aspiraciones meramente humanas para proyectarse como característica de los proyectos divinos para la humanidad. Toda la actuación de Jesucristo está marcada por la Buena Nueva. Una Buena Nueva que, forzosamente, choca con las viejas cantinelas de los que, en nombre de Dios, hacen del apego a pequeñas y viejas tradiciones un pretexto para apartar la Buena Nueva del Reino.

No es difícil percibir en qué consiste esta Buena Nueva traída por Jesucristo, y para quién estaba destinada. Cristo disipa las dudas desde el comienzo, en su discurso programático en la sinagoga de Nazaret. La Buena Nueva consiste en dejar claro que los excluidos por los poderosos de este mundo, son los preferidos de Dios; que, los que no tienen voz en las viejas estructuras sociales y religiosas son no sólo los destinatarios privilegiados sino también los agentes de las profundas innovaciones que Dios está dispuesto a obrar en este mundo envejecido.

Pero la "Buena Nueva" de Jesús va más allá del nivel sociológico: sumerge en el plano propiamente teológico. Si existe toda una desarticulación en los planos socio-político y económico, se debe a que allí se produce una ruptura más profunda: la ruptura producida por el pecado. Jesús comienza a actuar en el plano histórico, pero lo sobrepasa en la medida en que llega a la raíz más profunda de los males.

### 2.3. *Experiencia religiosa y eclesial*

El fenómeno religioso es uno de los que más intriga en nuestro tiempo. Por un lado, sólo se mantiene en la medida en que de alguna forma se institucionaliza. Por otro, el fortalecimiento de la estructuración es, al mismo tiempo, la expresión de su envejecimiento. Por un lado, es forzoso reconocer el cansancio de sus formas estratificadas; por otro, el surgimiento de expresiones nuevas.

Pasa también algo parecido en el campo de la evangelización. Sólo parecía posible en cuanto estaba apoyada por sólidas estructuras, cada vez más sofisticadas. No obstante, por otro lado, muchos hechos vienen a confirmar que la fuerza del Evangelio no puede ser confundida con la fuerza de las instituciones eclesíásticas, y mucho menos con la fuerza de los poderosos de este mundo pues éstos tienen otros intereses. Es posible que los cuestionamientos surgidos en torno de la primera evangelización se aferran también al hecho de que la misma se había apoyado en la fuerza de los poderosos de varias épocas y situaciones. La alianza entre trono y altar, con raras excepciones siempre acaba revelándose como maléfica.

En vista de esto, lo nuevo en la Biblia significa y exige conversión, cambio de mentalidad, no cerrarse a la novedad de Dios, prestar atención a los signos de los tiempos.

Lo nuevo tiene, pues, una dimensión penitencial y de "revisión de vida", lo nuevo es conversión. *Hoy si oyereis su voz, no endurezcáis el corazón* (Sal 94).

### 3. BENITO FRENTE A LO NUEVO

San Gregorio nos traza un perfil de San Benito como hombre de fe que, sumergiéndose en las antiguas y típicas experiencias bíblicas de los patriarcas, profetas y apóstoles, vive de manera nueva el seguimiento de Jesucristo en su tiempo.

Cuando después de su conversión desea hacer un camino igual a los demás, dentro de una comunidad cristiana, en Effide, el curso de los acontecimientos (milagro, fama precoz, etc.) le propone una solución nueva: irse al desierto. En ese lugar las tentaciones van a colocarlo frente a nuevos desafíos que darán por resultado una creatividad cada vez más aguda que sin rechazar lo nuevo, se deja transformar por ello como si la mano de Dios lo fuera modelando. San Gregorio no nos pinta un San Benito indeciso o ansioso delante de la novedad, lo que no implica que no tuviese esos sentimientos, pero sí que sus decisiones son tomadas en la serenidad de la fe que a cada paso va madurando. Las nuevas tentaciones abren la puerta a nuevos crecimientos: de la vanagloria al amor a la soledad y al olvido de los hombres; de la lujuria a la paternidad espiritual y a

la fraternidad; y de la ira (Vicovaro) a la serena posesión de sí mismo como fuente de paz para la comunidad que nace.

Con su comunidad Benito enfrenta la novedad, ya no tan sólo como un desafío personal, sino a partir de entonces y cada vez más haciendo una lectura de la pedagogía divina en los acontecimientos importantes y en lo cotidiano de la vida. Como en la vida de nuestros padres del desierto, es la Sagrada Escritura la que da la luz para juzgar esos hechos, auxiliada por la tradición de quienes ya los vivieron. Lo viejo y lo nuevo se entrelazan en el siempre hoy que vive y celebra la comunidad cristiana.

Así, lo que vivió David, lo que Cristo enseñó en las Bienaventuranzas, lo que los apóstoles experimentaron, Benito lo discierne en los acontecimientos de cada día: en la persecución del sacerdote envidioso, o cuando impone una penitencia a Mauro, que no percibe en la novedad la mano de Dios. Por eso Benito no retorna al antiguo lugar, ahora libre del enemigo, sino que comprende que Dios lo quiere en otros parajes, sin comodidades.

Gregorio coloca al demonio queriendo amedrentar a Benito con sus nuevas tentaciones, y el resultado son las victorias cada vez más creativas porque están abiertas a lo nuevo. Además en *Diál. II, 6* vemos cómo Benito tiene una gran alegría al recibir a un godo entre sus hermanos. Esta raza despreciada es capaz de una autenticidad que Benito sabe reconocer y que se transparenta en el episodio del hacha que vuelve a su mango. Mas veamos esta apertura intrépida a lo nuevo en tres circunstancias:

1. El trabajo, que por circunstancias históricas humanas, se tornaba pesado, como si tuviese raíces en el suelo (*id.*, 9). Sin duda; recuerdo de lo que nuestro padre Adán heredara del pecado (*Gn 3, 17*). Así los monjes le presentan esta vieja novedad: ¡una piedra inmóvil! Benito vuelve a presentar la situación como una bendición: ¡el trabajo es bendito! A partir de la señal de la cruz, o sea, no a partir del castigo sino del gesto de amor accesible a quien reza, el trabajo se torna liviano.

2. El incendio imaginario en la cocina y la presencia de un antiguo ídolo vuelven a encender antiguas ilusiones, así como el pueblo en el desierto es tentado a volver a la idolatría del becerro de oro. Un pedazo de metal fundido altera toda la vida del monasterio quitándole la paz (*id.*, 10). Benito percibe que la novedad cristiana precisa ojos nuevos (vino nuevo, odres nuevos). La señal de la cruz.

sobre los ojos significa: mirar todo a partir de Cristo y de su misterio pascual, única garantía contra las ilusiones. En otra oportunidad mandará a un hermano que persigne el corazón orgulloso poco dispuesto a servir (*id.*, 20).

3. El antiguo enemigo propone a la comunidad de Benito un nuevo desafío: aplastar a un joven hermano, y con esto la aflicción, la tristeza, la consternación de los hermanos (*id.*, 11). Él, como los profetas, como Jesús y los apóstoles, se entrega a la oración más intensa, sin retroceder ante la imposibilidad de los medios humanos. De esa manera reconstituye al monje destrozado y lo reintegra en la fraternidad, donde es querido y se lo necesita en el trabajo. Él no teme ni los pequeños ni los grandes desafíos, porque quien obra es el poder de Dios, no el suyo.

Como vemos, Benito descubre y al mismo tiempo enseña a sus hermanos a descubrir, en lo nuevo la actuación misericordiosa de Dios. Así la serie de profecías que hace no son mera exhibición de talentos, sino que quieren enseñar a leer en cada ocasión, en las caídas y fracasos humanos, una oportunidad de conversión y crecimiento (*id.*, 12, 13, 14, 18, 19, 20, 38) o de aumento de confianza (*id.*, 21, 28 y 29).

Pero conviene que no nos engañemos, porque lo nuevo hace sufrir, como Gregorio nos lo presenta (*id.*, 17), cuando San Benito ve anticipadamente la destrucción de todo lo que ha construido, experiencia sorprendente de este Dios siempre nuevo. Y San Benito llora, llora amargamente, nos dice el texto, pero acepta, y apoyándose en las Escrituras, se identifica con Abraham o Pablo, como intercesores, e intenta suavizar el juicio de Dios; más esto no atenúa su sufrimiento. La mano de Dios suele ser pesada, y los que son sus amigos saben aceptarla.

Para completar estas perspectivas del aprendizaje de lo nuevo, San Benito, ya anciano y con experiencia, se encuentra con Escolástica, que como mujer tiene algo que enseñarle. Una novedad que le provoca indignación y que por eso mismo abre las puertas a un aprendizaje más profundo al darse cuenta de su limitación. ¡Extraña e inesperada novedad! Tendrá que aprender que la ley por sí sola es algo muerto y que puede más quien ama más. Este hecho vuelve a relacionar a Benito con circunstancias de su pasado, cuando abandonó a su familia, al ama de leche y sus bienes, para buscar a Dios en la soledad; ahora también una mujer de su familia le

enseña la última lección: es necesario exprimentar la locura del amor, la locura de Dios, que está por encima de las normas establecidas por una "escuela ascética" y que le posibilita tener la experiencia contemplativa de ver todo el mundo con los ojos de Dios, en un rayo de sol, verlo como nuestro Dios ve la creación.

#### **4. LA VIDA MONÁSTICA ANTE LA NOVEDAD DE LA COMUNIÓN ECLESIAL**

Una nueva evangelización exige de nosotros monjes y monjas de América Latina, una nueva forma de expresar la dimensión eclesial de la vida monástica. Desde el Vaticano II, Medellín y Puebla, no se puede ya pensar en vivir la vida monástica como una especie de organización paralela, exterior a la vida eclesial.

La vida monástica debe estar atenta a dos fenómenos que marcan la vida de la Iglesia hoy. El primero es la aparición de las Iglesias del tercer mundo en el escenario de la Iglesia universal. Así nació en América Latina una Iglesia nueva, con fisonomía propia. El segundo consiste en la aparición de un nuevo sujeto histórico, al que llamamos popular, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Ese sujeto deja su propia marca en la vida eclesial.

El nuevo rostro de la vida monástica debe sintonizar con ambos fenómenos. Viviendo esos procesos de acuerdo con el propio carisma, creará un nuevo arraigo en la vida de la Iglesia.

De esta forma debe crecer cada día la conciencia de que la vida monástica participa en la comunión eclesial por su inserción en el aquí y ahora, asumiendo la realidad en que se encuentra. Vamos pues a reflexionar rápidamente sobre lo que significa la comunión eclesial en el pueblo de Dios hoy.

##### *4. 1. En comunión eclesial*

Hablar de "comunión eclesial" en la Iglesia, se puso de moda hoy. Se volvió eslogan. Todos se preocupan de ello, principalmente a causa de las tensiones que se viven actualmente en su interior. No investigaremos aquí las causas de esas tensiones. Pero es necesario superar la manera emotiva y subjetiva de entender esa comunión



eclesial. Ante los conflictos, se apela con facilidad a la comunión eclesial, sin evaluar antes sus raíces.

La raíz profunda de esa comunión es la vocación a la santidad en el seguimiento de Jesucristo. Una vez ubicada esa clave de comprensión, tiene sentido tratar de entender cómo esa comunión va siendo vivida en la Iglesia.

De hecho, nuestra concepción de la comunión eclesial depende mucho de cómo entendemos la Iglesia. Si es sólo a nivel de institución jerárquica, la comunión será entendida en términos de obediencia. Pero ese es un nivel de comunión eclesial y no su totalidad.

Hay otro que es más profundo. Se trata de la comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios, que tiene como base la vocación bautismal. En este caso la comunión eclesial se profundiza en el compartir los bienes del Reino, como la fe, la gracia, la vocación común, la corresponsabilidad en la perspectiva del Reino de Dios por la misión evangelizadora respecto del mundo que debe ser salvado.

Según lo dicho, se destacan dos maneras de comunión eclesial:

a) la primera se expresa en la estructura jerárquica de la Iglesia. El ministerio jerárquico es señal e instrumento visible de todos los bautizados en Cristo. Esa es la expresión más visible y palpable de comunión eclesial.

b) la segunda forma, más profunda de comunión eclesial, se da en la vida según el Espíritu; esta es la vocación de todo bautizado. Por el camino, como invisible de los corazones, el Espíritu Santo genera en el corazón de los fieles un dinamismo más profundo de fidelidad en el seguimiento de Jesucristo. Cada comunidad en su camino va también dando testimonio del Evangelio vivo de Jesucristo.

El dinamismo del Espíritu que penetra capilarmente la vida de la Iglesia en el mundo, va construyendo una unidad más profunda que lo que se ve y se analiza. Es un proceso donde la propia diversidad de dones y carismas concurre al crecimiento de la comunidad eclesial.

Esa comunión eclesial, sin embargo, es siempre imperfecta, incompleta, pues se la vive en una Iglesia peregrina en la historia. La Iglesia es plenitud y diáspora y se edifica en la debilidad humana. Es siempre una señal de gratuidad y misericordia de Dios. *Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen (Sal 126)*. Por eso la comunidad eclesial no está exenta de tensiones y conflictos. Forman parte de su caminar.

Y la vida monástica ¿dónde se ubica?

Ella es gracia bautismal, pertenece a la dimensión carismática de la Iglesia, o sea a ese dinamismo por el cual el Espíritu es capaz de engendrar de la diversidad de personas, grupos, naciones y pueblos, esa profunda comunión en Cristo que nos hace hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

La vida monástica será tanto más evangelizada y evangelizadora, por tanto convertida y renovada, cuanto más viva la gracia bautismal en la fidelidad al propio carisma.

#### *4.2. Una nueva manera de evangelizar a partir de la vida monástica*

Sin entrar en detalles, la vida monástica evangeliza por el modo mismo como expresa la dimensión carismático-profética en la sociedad en que vivimos.

Pero ella no puede simplemente construir un camino propio, separado de la Iglesia local y del Pueblo de Dios, como si estuviese organizando un mundo aparte. Al contrario, debe tener en cuenta:

a) el caminar de la Iglesia particular, conforme lo dice el Documento de Puebla. En las Iglesias particulares, dice el n° 741, es donde se concretan la vivencia religiosa y el compromiso eclesial evangelizador. Esa vinculación con la Iglesia particular no puede ser descuidada. Debe ser constantemente cultivada como dimensión esencial del testimonio evangelizador de la vida monástica. En este contexto, ella debe preguntarse de continuo cuál es su contribución específica, desde su carisma, en la edificación de la Iglesia particular.

b) Siempre ha sido una permanente preocupación de la vida monástica el cuidado de los pobres. Nosotros vivimos la vida monástica dentro de una Iglesia particular, no en cualquier lugar del mundo, sino en América Latina, etc., etc... Una vida monástica situada dentro de una realidad conflictiva, donde la pobreza se transformó en un fenómeno generalizado. Acompañar a la Iglesia particular en América Latina significa asumir su opción preferencial por los pobres, en el espíritu de las orientaciones de Medellín y Puebla. Esta visión eclesial posconciliar está tomando conciencia de que, se coloca ante nuestros ojos un nuevo objeto de evangelización: el pobre. Podemos recordar aquí las innumerables prescripciones que nuestro Padre

San Benito, a lo largo de su *Regla*, dedica a los débiles y pobres, a los huéspedes y peregrinos.

En efecto, esta situación del mundo actual no es fruto de la fatalidad ni de la incapacidad humana. Es, sobre todo, fruto de los pecados de los hombres y por consiguiente contraria al proyecto divino sobre el mundo y la humanidad.

Ante tal situación, nadie es espectador inocente y perplejo, sino participante activo y responsable.

En este mundo y en esta Iglesia, nuestros monasterios no pueden y pienso que no quieren ser "ghéttos" aislados o comunidades insensibles a la miseria de tantos hermanos. *Quien tenga oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Ap 1, 7. 11).*

c) El amor y la fidelidad a la Iglesia, la vivencia de comunión eclesial en el Pueblo de Dios ciertamente serán vividos en la plenitud y la diáspora, inherentes a la condición peregrina de la Iglesia. La vida monástica se realiza en este contexto. La Iglesia es de Jesucristo. Está reunida por el mismo Señor; ya nos lo revela San Lucas al describir la primera comunidad cristiana. *El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se hablan de salvar (Hch 2, 47).* Esto sigue siendo verdad hoy. Nadie puede formar una comunidad ni colaborar en su formación contando sólo con sus propias fuerzas. Se trata de una iniciativa divina: el Señor es quien construye la Iglesia. Tenemos experiencia concreta de esto pues no escogemos a nuestros hermanos, ni siquiera nos escogemos a nosotros mismos. *No fuisteis vosotros quienes me elegisteis... (Jñ 15, 16)*

Llamamos a la puerta del monasterio porque pensábamos que el Señor nos esperaba en este camino del claustro.

La fuerza que une y reúne a la Iglesia, y en su seno, a todas las comunidades, se encuentra en Dios y nos es revelada concretamente en Jesucristo.

Esta fuerza se revela desde el comienzo de la vida pública de Jesús. Él reúne a los discípulos a su alrededor. Con todo, no deja de ser una reunión provisoria, llena de altibajos, conflictos y vaivenes. Están quienes primero lo siguen y después lo abandonan, pues su palabra es muy dura, ¿quién podría soportarla? (cf. Jn, 6). Hasta el grupo de los elegidos cuando es puesto a prueba parece sucumbir... la esperanza se oscurece, el desánimo y el abatimiento los

invaden. Pedro sigue al Señor vacilando, y lo niega... Juan, milagro de milagros, llega hasta el Gólgota...

Y este mismo grupo disperso, frágil y desunido se solidificará como Iglesia en la muerte y resurrección de Jesús.

d) La Iglesia será hasta el fin de los tiempos plenitud y diáspora. Y entonces no necesita mostrarse importante desde el punto de vista numérico y de poder. La Iglesia nació de la fecundidad de la cruz con su pobreza aparente de medios, fuerzas y personas. Al pie de la cruz nace la comunidad cristiana.

Hoy para nosotros no es más fácil ni más difícil formar una comunidad. Nuestra Iglesia tiene las mismas tensiones de siempre, pero que hoy son una de sus principales características.

La Iglesia será siempre dispersión y minoría. Grano de mostaza, fermento en la masa y también plenitud y fuerza de Jesús. *¿Cuando estoy débil, entonces es cuando estoy fuerte!... Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte (2Co 12, 10; 1Co 1, 27) Nadie escapa del conflicto y de la cruz y a nadie le será negada la gracia de Dios.*

e) La Iglesia tendrá siempre su cuño apocalíptico. Es escatológica. Es revelación de Dios: Muestra al mundo cuáles son los lazos que nos unen a todos en Cristo y en Dios. Es un signo de esta "nueva muerte" que engendrará nueva vida. Es necesario morir para dar vida.

Una comunidad siempre será escatológica: permitirá que veamos, aquí y ahora, aunque de manera imperfecta, velada, lo que será la plenitud al fin de los tiempos. Ya presente, pero aún no totalmente. La posesión definitiva de Dios. La visión cara a cara.

La revelación hecha por San Juan, exiliado en la isla de Patmós, un domingo, nos revela la profundidad, la sorpresa y la realidad de la comunión eclesial que un día se realizará plenamente. Una puerta abierta a los cielos por la que se verá a todos los elegidos reunidos delante del trono de Dios y del Cordero (cf. Ap 7, 9)

Que Dios nos ayude y derrame sobre nosotros su GRACIA.

¡Amén!